

Crisis Ambiental Global: ¿Una Crisis Antropogénica o Capitalogénica?

*Global Environmental Crisis:
An Anthropogenic or Capitalogenic Crisis?*

Fernando Estenssoro Saavedra¹

Recibido: 13 de octubre de 2020 • Aceptado: 03 de abril de 2021

Received: october 13, 2020 • Approved: april 03, 2021

Resumen

Este artículo se inscribe en el marco general de la teoría crítica latinoamericana y en él se expone cómo el discurso ambiental de los centros del poder (tanto estados como sectores sociales), han buscado hegemonizar el debate sobre el origen, los responsables y las causas de la crisis ambiental global. Se explica cómo han influenciado en el discurso oficial sobre esta problemática construyendo un relato universalista y homogeneizador, con el fin de avanzar en soluciones que no afecten sus intereses y les permita perpetuar su condición de poder. Igualmente, se expone cómo desde la periferia y desde el pensamiento crítico, se ha contestado este discurso ambiental del poder. Para estos efectos se señala la inicial confrontación entre el discurso de los centros de poder y el discurso periférico alternativo, cuando este debate se instaló formalmente en la agenda pública mundial en los años setenta del siglo XX, y cómo se manifiesta en la actualidad.

Palabras clave: Crisis Ambiental, Cambio Climático, América Latina, Antropoceno, Capitaloceno, Geopolítica del Conocimiento

Abstract

This article is part of the general framework of Latin American critical theory and it shows how the environmental discourse of the centers of power (both states and social sectors) have sought to hegemonize the debate about the origin, responsibility and the causes of the global environmental crisis. It is explained how they have influenced the official discourse on this problem by building a universalizing and homogenizing story, in order to advance solutions that do not affect their interests and allow them to perpetuate their condition of power. Likewise, it is exposed how from the periphery and from critical thought, this environmental discourse of power has been answered. For these purposes, the initial confrontation between the discourse of the centers of power and the alternative peripheral discourse is pointed out, when this debate was formally installed on the world public agenda in the seventies of the 20th century, and how it is manifested today.

Keywords: Environmental Crisis, Climate Change, Latin America, Anthropocene, Capitalocene, Geopolitics of Knowledge

¹ Dr. en Estudios Americanos, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile. fernando.estenssoro@usach.cl. ORCID: 01-6010-7115. Este artículo es producto del proyecto Fondecyt N°1190481: América Latina en la Geopolítica Ambiental Pos-Guerra Fría de los Estados Unidos. Antecedentes históricos y proyecciones (1989-2017)

Introducción

Pocos temas de la agenda pública mundial que lleva adelante de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), ha tenido tanta continuidad y socialización como el de superar la crisis ambiental global desde que este problema se instaló formalmente en la agenda global con la celebración de la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Humano, realizada en Estocolmo en 1972 (en adelante Estocolmo 72).² Han pasado casi 50 años desde entonces. En este tiempo se han desarrollado varias mega cumbres para tratar el tema, así como innumerables reuniones parciales para tratar sus aspectos específicos, todo lo cual ha influido para que el debate ambiental haya alcanzado una cobertura mediática impresionante y esté incorporado casi universalmente en los programas de estudio desde el nivel pre-escolar hasta el superior, así como se ha promovido su investigación por parte de académicos y científicos de distintas disciplinas. Sin embargo, pese a estos avances en su discusión, socialización y estudio, el problema no sólo no se ha superado, sino que ha empeorado como lo demuestra todo el debate actual sobre el agravamiento de la variable del cambio climático. ¿Por qué ocurre esta situación?

El presente artículo busca responder a esta pregunta desde la perspectiva crítica que sostiene que la crisis ambiental global no es una crisis de carácter ecológico o ambiental o una crisis de carácter técnico generada por la industrialización sumado al aumento demográfico, sino que es de carácter político. Por lo tanto, su solución pasa por definiciones políticas. En este sentido, los temas relativos a la destrucción de la biodiversidad, el cambio climático, los índices de contaminación de todo tipo, entre otras variables que se usan para señalar la gravedad del problema, son las consecuencias y expresiones de una crisis política, no su origen y causas. Y, cuando afirmamos el carácter político de esta crisis, nos basamos en la propia ONU cuando señaló que esta crisis era de causas antropogénicas, o sea, generada por el ser humano y, dado que los seres humanos somos seres sociales que nos organizamos políticamente para vivir (entendiendo el concepto en su sentido más amplio y enfatizando que implica relaciones de poder asimétricas), quedó claro que era una determinada forma de organización social, con sus consecuentes relaciones de poder y en un momento histórico determinado lo que generó este problema de alcance global. Por lo tanto, desde un principio el tema se puso directamente en el espacio de la discusión de la política mundial (en la medida que se trata de un problema global), y se caracterizó por el inmediato surgimiento de una importante tensión Norte-Sur, o entre países ricos, capitalistas e industrializados -y que para entonces se identificaban como Primer Mundo-, y el mundo pobre y subdesarrollado -que en la época se reconocían como Tercer Mundo-, respecto de cómo entender esta crisis y por lo tanto cómo solucionarla.

2 En el documento de convocatoria a Estocolmo 72, se señaló que la humanidad enfrentaba una crisis ambiental global que ponía “en riesgo la vida del ser humano y del planeta”, debido a que las “bruscas y vastas aceleraciones –en el crecimiento demográfico, en el uso de la energía y de nuevos materiales, en la urbanización, en los ideales de consumo y en la contaminación resultante–” habían “colocado al hombre tecnológico en la ruta que podía alterar, en forma peligrosa, y quizá irreversible, los sistemas naturales de su planeta, de los cuales depende su supervivencia biológica” (Ward y Dubos, 1984, p. 39). Y, en la declaración final de la Conferencia se llamó a todos los países y pueblos del mundo a sumar esfuerzos para su superación (ONU, 1972, pp. 179-181).

En otras palabras, si estábamos frente a una crisis de causas antropogénicas resultaba evidente que inmediatamente surgirían preguntas tales como ¿somos todos los seres humanos, con nuestras distintas formas de vivir y habitar este mundo, e incluso, con distintas oportunidades de sobrevivir según nuestras posibilidades de alimentación entre otras circunstancias, igualmente responsables por su generación? Y si consideramos que la respuesta es negativa, o sea que la crisis no es responsabilidad de “toda la humanidad” sino que de un sector acotado de ella y que ha impuesto una determinada forma de organización social, entonces ¿qué tipo de sociedad y/o de organización social ha generado la crisis?, e igualmente ¿qué se debe cambiar o modificar en una determinada organización social para superar esta situación? Por cierto, estas preguntas y sus posibles respuestas son propias del complejo espacio de la política y van desde las relaciones de poder que ocurren entre los seres humanos hasta las ideologías y las filosofías políticas que proponen modos de vida ideales y/o correctos.³ Y, en este sentido, las respuestas que surgieron al interior del Sistema Internacional representado en la ONU, fueron opuestas y confrontadas fundamentalmente entre una minoría de Estados ricos, capitalistas desarrollados, frente a una mayoría de Estados pobres y subdesarrollados (Estenssoro, 2020).

Al respecto, la hipótesis que plantea este artículo a fin de responder a la pregunta planteada, es que no se logra avanzar en la real solución a la crisis ambiental dado que se ha instalado un discurso hegemónico que busca enfrentarla como un problema técnico y de crecimiento demográfico y no como un problema político. En el espacio de la política mundial esta situación se expresa en una permanente tensión ambiental Norte-Sur. Esta tensión obedece a que, desde un comienzo el Norte global, o más específicamente las elites del poder que rigen los destinos del Norte global, buscaron hegemonizar el discurso sobre la crisis ambiental, definiendo sus orígenes y causas, a fin de imponer una determinada visión de la misma que les permitiera alcanzar soluciones de acuerdo a sus intereses de poder y dominio global. O sea, el Norte ha actuado con un profundo sentido ideológico, pero sin explicitarlo, buscando imponer su perspectiva del problema de acuerdo a sus intereses de poder. De esta forma, ha aplicado una verdadera geopolítica del conocimiento que se ha caracterizado por construir, desde un inicio, un discurso globalmente homogeneizador con “verdades” universales, “científicamente” probadas y sin distinguir singularidades, asimetrías e inequidades de todo tipo. O sea, presenta su interés particular como un interés general o del conjunto de la humanidad sin mayores distinciones. Esta forma de operar de la geopolítica del conocimiento del poder también se ha expresado en la problemática ambiental. En este sentido, desde el inicio el Norte global logró hegemonizar el discurso oficial sobre la crisis ambiental, señalando que se trataba de una crisis antropogénica sin hacer mayores distinciones. Así, desde la Conferencia de Estocolmo 72, se impuso la idea de que se trataba de una crisis de carácter antropogénico que se inició con la Revolución Industrial (1750), que a su vez permitió la construcción de la denominada Civilización Industrial y posterior sociedad de consumo, en donde los países altamente desarrollados e industrializados del lla-

3 Por este motivo, se ha planteado que “la acción política es fundamental para toda verdadera solución a los grandes problemas sociales de base ecológica” (McCloskey, 1988, p. 119). De la misma forma, como se ha señalado que mientras la “amenaza ecológica es algo físico, los desafíos medioambientales toman una forma ideológica (...) La conciencia medioambiental no se origina porque hay problemas ecológicos (...) fuerzas sociales y políticas han jugado un importante rol en preparar los caminos y moldear las respuestas a los asuntos ecológicos” (Yearley, 1997, p. 505).

mado Primer Mundo (y que tras el fin de la Guerra Fría vamos a identificar como Norte global), son su ejemplo arquetípico. Sin embargo, en este proceso se generaron problemas ecológicos y ambientales de tan enorme magnitud que se puso en peligro el proceso de vida en el planeta. Esta crisis está compuesta por grandes variables tales como: la contaminación, la pérdida de la biodiversidad, el cambio climático, el agotamiento de los recursos naturales, la destrucción de la capa de ozono, y la llamada “explosión demográfica” (Ward y Dubos 1984; Brown, 1977, 1993; Sorensen, 1990; Kaplan, 1994; Campbell, 2008; Wilson Center, 2014). De lo que se desprende que, para la perspectiva del poder, esta crisis obedece a un problema técnico como es el caso de la industrialización, unido al crecimiento demográfico “excesivo” de la población, sobre todo del mundo subdesarrollado, que demandaría crecientes cantidades de recursos y, dado que el planeta es finito y no tiene recursos infinitos, la situación se proyectaría catastrófica (Estensoro, 2007, 2019, 2020). Esta perspectiva la han logrado hacer hegemónica hasta el presente, cuando se sigue insistiendo en que estamos frente a un problema de carácter antropogénico (sin distinción), iniciado con la revolución industrial y agravado por el crecimiento demográfico, cuyo impacto sobre la naturaleza sería tan extraordinario, que habría transformado a la especie humana en una verdadera fuerza geológica que estaría modificando la estratigrafía del planeta y, por lo tanto, ya no vivimos en la etapa del Holoceno sino que estaríamos en una nueva era geológica, el Antropoceno o la edad del Anthropos (Crutzen y Stoermer, 2000; Ellis, 2018).

Sin embargo, también ha existido, desde Estocolmo 72 en adelante, una perspectiva planteada en un principio por los representantes del Sur global, que actuó como una propuesta contra-hegemónica a la mirada del Norte sobre la crisis. Esta perspectiva, en cuya formulación América Latina jugó un papel destacado, señaló que la crisis ambiental no era un problema técnico, sino que un problema político. O sea, era producto del tipo de sociedad dominante que habían construido las elites del Primer Mundo o mundo capitalista desarrollado. Por lo tanto, el problema no era originado ni por el “exceso” de población, ni por la posible escasez de recursos propio de un planeta finito. Por el contrario, el planeta tenía recursos y condiciones suficientes para que toda su población, pudiera vivir una vida digna y desarrollar plenamente sus capacidades humanas. El problema radicaba en la distribución desigual de los recursos y oportunidades de vida, o sea en la organización socio-económica y política dominante que imperaba (Herrera, et al., 1977). Esta perspectiva contra hegemónica, se complementó y profundizó en las décadas posteriores a Estocolmo 72, tanto por actores del Norte como del Sur global. Así, desde una perspectiva crítica y contra-hegemónica, en el debate actual se señala que los responsables de la crisis ambiental global son las elites dirigentes de lo que hoy día se conoce como Norte global, que impusieron su dominio y poder mundial sobre la base de la construcción de un sistema socio-económico regido por la lógica de la acumulación sin fin de capital, o capitalismo, que estableció una particular forma de relacionarse con la naturaleza, así como con el resto de sus congéneres humanos, al entenderlos como mercancías destinadas a este proceso de acumulación sin fin. Esta lógica productiva y de acumulación, fue implementada por un sector social muy específico y acotado, la burguesía capitalista europea de mediados del siglo XV que, sobre la base de su poder económico, se fue transformado en el actor socio-político dominante desde inicios de la modernidad hasta el presente (Arrighi, 2018). Por lo tanto, la crisis ambiental no es producto de la Revolución Industrial ocurrida a mediados del siglo XVIII, sino que es producto de la creciente mundialización de sistema capitalista, que comenzó a mediados del siglo XV con el capitalismo mercantil, y en

donde la industrialización sólo es parte componente de este fenómeno mayor. Por esta misma razón, es una falacia hablar de crisis antropogénica sin hacer mayores distinciones ya que, de esta forma, se culpa al conjunto de la humanidad, en su calidad de especie, por generar esta crisis. En este sentido, tampoco podemos señalar que estamos viviendo la edad del Antropoceno. Por el contrario, esta crisis fue generada por aquellos sectores sociales que impusieron, se beneficiaron y obtuvieron la mayor cuota de poder político por medio del sistema capitalista. En este sentido, se trata de una crisis capitalogénica, y para caracterizar a toda esta época histórica señalada por la crisis ambiental, que comenzó hace más de 400 años y continua hasta el presente, deberíamos usar el concepto de Capitaloceno (Moore, 2013 a, 2017). Por lo tanto, la solución a la crisis pasa por profundas reformas a esta lógica capitalista, a escala local y global.

El presente artículo se basó en una metodología histórica, recurriendo a fuentes primarias y secundarias (documentos ONU, artículos científicos, ensayos especializados) que, desde Estocolmo 72 en adelante, han explicado oficialmente (declaraciones de la ONU) en que consiste la crisis ambiental, así como las tesis en debate frente sus causas y origen, también originadas desde Estocolmo 72 y que se han prolongado hasta el presente. La exposición de los argumentos que fundamentan la hipótesis presentada, se organizó en tres acápites principales. En el acápite 1 se exponen los antecedentes iniciales de la tensión Norte-Sur para entender la crisis ambiental global, destacando el aporte que América Latina realizó a las primeras argumentaciones contra-hegemónicas señaladas. En el acápite 2, se expone cómo tras el fin de la Guerra Fría, la geopolítica del conocimiento del poder ha seguido profundizando su perspectiva de problema, a fin de mantener la hegemonía discursiva de un debate ambiental que se hace cada vez más global y trascendente. En el acápite 3, se expone cómo desde el pensamiento crítico se demuestran las falacias de la perspectiva dominante del Norte global, que finalmente apuntan a mantener el poder y dominio de los países y sectores sociales que más se han beneficiado con la denominada “Civilización Industrial” construida bajo la hegemonía de la lógica capitalista, e igualmente se destaca cómo el pensamiento crítico plantea con claridad el carácter fundamentalmente político de la crisis.

1. Antecedentes: La inicial confrontación Norte-Sur sobre cómo entender el carácter de la crisis ambiental

Siempre se debe tener presente que el tema de la crisis ambiental global fue puesto en la agenda pública de la ONU, fundamentalmente por el entonces Primer Mundo.⁴ De ellos fue la iniciativa para realizar la Conferencia Mundial sobre el Medio Humano de Estocolmo-72. Como bien señaló Maurice Strong, el Secretario General de esta Conferencia, fue en “los países industrializados donde la preocupación por la contaminación creó la idea original de la Conferencia de Estocolmo” (citado en Estenssoro, 2020, p. 110). Por lo tanto, los países más ricos y avanzados estaban conscientes del daño ambiental que habían causado con su proceso de desarrollo in-

4 El Segundo mundo, o sea la URSS y los países comunistas europeos también apoyaron la convocatoria a esta Conferencia, sin embargo, no participaron en el encuentro de Estocolmo-72 (salvo Rumania), producto de un llamado a boicotarlo dado que Estados Unidos y sus aliados impidieron que participara Alemania Oriental, en cambio Alemania Federal si pudo participar (Estenssoro, 2020).

dustrial y consecuente crecimiento económico.⁵ El problema es que el discurso que habían construido frente al tema solo destacaba su punto de vista, el cual buscaban imponer con un criterio universalista y homogeneizador buscando soluciones de acuerdo a sus intereses. O sea, ellos definían el carácter de la crisis, lo que implica hacer su diagnóstico respondiendo preguntas tales como ¿qué y quiénes causaron la crisis?, ¿cuándo comenzó?, ¿en qué se traduce?, entre otras. Y, por cierto, sobre la base de este diagnóstico recetar las soluciones. Y para esto, era necesario construir un relato lo suficientemente convincente a fin de hacerlo globalmente hegemónico.

a) *Se trata de una crisis antropogénica y su culpa recae en la industrialización y el aumento demográfico*

En este sentido, el discurso que se construyó en el Primer Mundo responsabilizó de la crisis ambiental global a dos factores principales o estructurales: la industrialización y el crecimiento demográfico de la población.

El discurso dominante del Primer Mundo sucintamente planteaba que la industrialización (iniciada con la Revolución Industrial en 1750), y la consecuente Civilización Industrial que creó, había provocado todo tipo de deterioros ambientales producto de la contaminación, que amenazaba con envenenar el planeta entero. Por ejemplo, en el documento del Consejo Económico y Social de la ONU (ECOSOC) de julio de 1968, donde se adoptó la resolución de pedir a la Asamblea General de Naciones Unidas que convocara a una Conferencia Mundial para analizar el problema de la crisis ambiental y que finalmente dio origen a la Conferencia de Estocolmo 72, la primera razón que se entrega para realizar este evento se refiere casi exclusivamente a temas que afectaban a las sociedades altamente industrializadas

Observando la deterioración constante y acelerada de la calidad del medio humano causada por factores como la contaminación del aire y de las aguas, la erosión y otras formas de deterioración del suelo, los efectos secundarios de los biocidas, los desecho y el ruido (Ecosoc, 1346 (XLV), 1968, p. 8)

Posteriormente, la Asamblea General de la ONU, aprobó la resolución 2398 (XXIII), del 3 de diciembre de 1968, en la que recogiendo la solicitud del ECOSOC, convocaba a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, pero ahora, al impacto de la contaminación industrial sobre el ambiente, agregaban, también como algo catastrófico, el aumento de la población humana:

Advirtiendo, en especial, la deterioración constante y acelerada de la calidad del medio humano causada por los factores tales como la contaminación del aire y de las aguas, la erosión y otras formas de deterioro del suelo, los desechos, el ruido, y los efectos secundarios de los biocidas que se ven acentuados

5 Fenómenos como la lluvia ácida que destruía bosques por emanaciones de azufre y otros gases a la atmósfera, las crisis por el smog, la destrucción de la biodiversidad producto de los pesticidas o el envenenamiento de ríos y lagos por desechos industriales, entre otros aspectos, se venían enfrentando desde los años cincuenta tanto en Europa como en los Estados Unidos (Estenssoro, 2020).

por el rápido crecimiento de la población y por la urbanización acelerada. Decide (...) convocar en 1972 a una Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano (A/RES/2398 [xxiii])

Este tema de lo “catastrófico” que parecía el aumento de la población humana y que se producía sobre todo en los países pobres o Tercer Mundo de entonces, se venía socializando en el Primer Mundo bajo el concepto de “explosión demográfica”. En el fondo se temía, que el aumento de la población de los países más pobres terminara “arrasando” con los recursos naturales necesarios para el sustento del Primer Mundo, revitalizando así las antiguas tesis malthusianas.⁶ Recordemos que ese mismo año de 1968 el biólogo estadounidense Paul Ehrlich, publicaba *The Population Bomb*, para señalar que la batalla contra el hambre mundial estaba perdida y, a pesar de los esfuerzos por aumentar el rendimiento de la producción de alimentos a nivel mundial, nada impediría que millones de seres humanos continuaran muriendo de hambre, lo que provocaría catástrofes ecológicas e incluso guerras mundiales. La única solución para él, era establecer un control del crecimiento de la población a nivel mundial. Proceso que debía ser dirigido por Estados Unidos, incluso por la fuerza si fuera necesario. E, igualmente proponía evitar todo proceso de industrialización de los países subdesarrollados, ya que sólo se aceleraría la catástrofe global, por este motivo sugería que en los países pobres lo que había que promover era “un desarrollo agrícola ecológicamente sano” (Estenssoro, 2020, p. 70). Pero, sin duda, donde mejor se recogió y sintetizó la esencia del pensamiento ambientalista de las elites del Primer Mundo fue en el primer informe del Club de Roma, *Los Límites del Crecimiento*, que en su párrafo más famoso va a señalar:

Si no se modifican las tendencias actuales en cuanto a crecimiento de la población mundial, industrialización, contaminación, producción alimentaria y agotamiento de los recursos, alcanzaremos el límite de crecimiento de este planeta en el transcurso de los próximos cien años. El resultado más probable será una repentina e incontrolable caída de la población y la capacidad industrial (Meadows e al.,1972, p. 23)

De esta forma, la geopolítica del conocimiento primer-mundista iba construyendo un discurso ambiental del poder que buscaba hegemonizar el “sentido común” universal respecto de este problema a fin de imponer soluciones según sus intereses. Este discurso ambiental del poder acusaba de la generación de esta crisis, por una parte, a un fenómeno técnico: la industrialización; y por otra parte a la llamada “explosión demográfica” que ocurría fundamentalmente en el Tercer Mundo. En este sentido, al señalar que se trataba de una crisis de carácter antropogénico sin hacer mayores distinciones y culpar de su origen, junto con la industrialización, al aumento de la población de los países subdesarrollados, diluían la responsabilidad so-

6 Nos referimos a las tesis de Robert Malthus señaladas en su obra de 1798, Ensayo sobre la población, donde expresa su creencia de que la población crece más rápido que los recursos (los recursos aumentan aritméticamente mientras la población lo hace geométricamente), lo que iba a generar catástrofes civilizaciones. Estas ideas fueron recogidas y defendidas por académicos, científicos y activistas ecologistas del Primer Mundo que, en el marco del debate ambiental, señalaron que la “explosión demográfica” significaba el apocalipsis ecológico del planeta, y que genéricamente se pueden denominar como neo-malthusianos (Estenssoro, 2020).

bre la generación de esta crisis en el conjunto de la humanidad. Este discurso homogeneizador y universalista permitía señalar que la crisis afectaba a todos por igual, ricos y pobres, desarrollados y sub-desarrollados. Y, por su carácter “catastrófico y universal”, se transformaba en el problema más urgente a solucionar por la comunidad internacional, relegando otro tipo de problemas globales, como el hambre, la miseria y el atraso, entre otros temas que preocupaban a los países subdesarrollados, a segundos y terceros lugares de prioridad.

Sin embargo, las intenciones geopolíticas de poder del discurso ambiental primer-mundista no pasaban desapercibidas para aquellos representantes del Tercer Mundo más perspicaces políticamente. Por ejemplo, el representante del Brasil para la Conferencia de Estocolmo 72, Miguel Ozorio de Almeida, señaló:

En la Conferencia de Estocolmo, los países desarrollados adoptaron una actitud en virtud de la cual se atribuyen, gracias a su desarrollo, un derecho especial a salvarse y perpetuarse, trasladando a los pueblos subdesarrollados, cuya población es más numerosa, la responsabilidad de dejar el espacio necesario en la tierra. Esta actitud es tanto más peligrosa cuanto que tal principio no se discutió públicamente, sino que estaba implícita en los documentos (Ozorio de Almeida, 1973, p.28).

Por su parte, el politólogo brasileiro Roberto Guimarães va a sintetizar muy bien el ambiente intelectual que dominó en Estocolmo 72, al plantear:

El énfasis en Estocolmo estaba puesto en los aspectos técnicos de la contaminación provocada por la industrialización acelerada, por la explosión demográfica y por la intensificación del proceso de crecimiento urbano, todo lo cual imprimía un carácter nítidamente primer-mundista a la reunión. No debería sorprender el alto grado de resistencia demostrado por los países del Tercer Mundo en aquel entonces. Como lo resumió el representante del gobierno de la India en una reunión preparatoria a Estocolmo (...) «Los ricos se preocupan del humo que sale de sus autos; a nosotros nos preocupa el hambre» (Guimarães, 1992, pp. 87,88)

b) *Las primeras críticas al discurso ambiental primer-mundista*

Por cierto, este tipo de interpretación de la crisis fue contestada por los países del entonces Tercer Mundo. Ellos, como representantes de las sociedades periféricas y que por siglos habían estado sometidas al dominio colonial de las potencias centrales que ahora se identificaban como Primer Mundo –y que parecían haber olvidado que gozaban de tan privilegiada situación producto de esa explotación colonial-, pusieron el énfasis en la pobreza y desigualdad en que vivía gran parte de la humanidad producto del sistema mundial hegemónico que habían construido las potencias centrales.

A fin de hacerse escuchar, los países del Tercer Mundo, amenazaron con boicotear la realización de la Conferencia, y de esta forma obligaron a su Secretario General, Maurice Strong,

a una negociación política que permitiera incorporar la mirada tercer-mundista sobre la crisis. Esta negociación se llevó a efecto en 1971 en el pueblo suizo de Founex, de donde salió la Declaración de Founex (Estenssoro, 2020). En esta declaración se dijo explícitamente

Puede afirmarse que, en gran medida, el actual interés en las cuestiones relacionadas con el medio ambiente ha tenido su origen en los problemas experimentados por los países industrialmente adelantados. Estos problemas son de por sí, en gran parte, el resultado de un nivel elevado de desarrollo económico (...) Sin embargo, los principales problemas ambientales de los países en desarrollo son básicamente diferentes de los que se perciben en los países industrializados. Son principalmente problemas que tienen su raíz en la pobreza y la propia falta de desarrollo de sus sociedades. En otras palabras, son problemas de pobreza rural y urbana (...) la miseria que es el aspecto más importante de los problemas que afligen al medio ambiente de la mayoría de la humanidad (Informe de Founex, 1971).

De igual forma, académicos y especialistas latinoamericanos contestaron directamente el Informe del Club de Roma, *Los Límites del Crecimiento*, por sus proposiciones reduccionistas y clara parcialidad analítica en favor de los países capitalistas altamente desarrollados. Apoyados por la Fundación Bariloche, construyeron un informe alternativo titulado *¿Catástrofe o nueva sociedad? Modelo mundial latinoamericano*, el que también se conoce como Informe Bariloche. En este documento los latinoamericanos plantearon que el problema principal del mundo no eran los límites físicos del planeta ni los temores neomaltusianos sobre un exceso de población, ni que los intentos de industrialización del Tercer Mundo condujesen a una catástrofe ecológica, como proponía el informe del Club de Roma. Por el contrario, el problema era carácter sociopolítico y radicaba en la desigual distribución del poder y la riqueza en el mundo. Por lo tanto, la solución consistía en realizar profundos cambios en la organización social dominante (Estenssoro, 2020). Al respecto señalaban:

El proyecto de sociedad ideal (que postula el modelo Bariloche) nace como respuesta a las corrientes de opinión que, sobre todo en los países desarrollados, postulan que el problema fundamental que enfrenta la humanidad actual es el límite impuesto por el ambiente físico. Como es bien sabido, de acuerdo con esa concepción el aumento exponencial del consumo y de la población terminará fatalmente agotando los recursos naturales del planeta, probablemente en el futuro próximo. Además, y aunque los recursos naturales no se agoten en el futuro previsible, la creciente contaminación del Medio Ambiente provocará a corto plazo el colapso del ecosistema. El resultado final será siempre el mismo: detención catastrófica del crecimiento con muerte masiva de la población, y descenso de las condiciones generales de vida a niveles preindustriales (...) La actitud de los autores de este modelo es radicalmente diferente: se sostiene que los problemas más importantes que afronta el mundo moderno no son físicos sino sociopolíticos, y están basados en la desigual distribución del poder tanto internacional como dentro de los países, en todo el mundo (...) El deterioro del medio físico no es una consecuencia inevitable del progreso humano,

sino el resultado de una organización social cimentada en valores gran parte destructivos (Herrera et. al, 1977, pp. 11, 12).

De esta manera, los representantes del Tercer Mundo en general y los de Latinoamérica en particular, fueron levantado un contradiscurso al discurso ambiental del poder primer-mundista. Una y otra vez, frente al tono tecnocrático, catastrofista y eco-maltusiano del discurso dominante, los representantes de los países y pueblos más pobres y carenciados pondrán el énfasis en la dimensión socio-política de esta crisis, así como en la responsabilidad de su generación en los países más ricos, industrializados y desarrollados. Más específicamente, se va a indicar que las elites de esos países centrales construyeron un orden mundial y un estilo de vida que les ha permitido por generaciones gozar de los principales privilegios que otorga el poder además de alcanzar una gran calidad de vida para sus sociedades desarrolladas, pero en su camino no sólo generaron la crisis ambiental global, sino que sometieron a la pobreza y a la degradación a vastas mayorías de la población humana.

En otras palabras, el planteamiento que hacia el Tercer Mundo era que si se quería culpar a la industrialización de provocar la crisis ambiental global, en primer lugar debía enfatizarse que este proceso nació en el seno del sistema capitalista europeo, dominado por potencias imperialistas que colonizaron y conquistaron al resto del planeta y generaron un sistema económico mundial caracterizado por un centro y una periferia, donde ellos, el centro, lograron su altos estándares de desarrollo y calidad de vida sobre la base de someter y explotar al resto del planeta o periferia. Por lo tanto, si se quería terminar con la causa de esta crisis ambiental global, se debería empezar por reconocer esta situación y comenzar a repararla inmediatamente, lo que implicaba drásticos cambios sociopolíticos en el sistema mundial dominante y no únicamente técnicos.

De esta forma, desde la primera gran Conferencia Mundial sobre el medio ambiente de Estocolmo 72, se fue conformado una tensión entre estas dos perspectivas ambientales confrontadas: el discurso del poder y el contra discurso de los países tercermundistas o Sur. Y, lo cierto es que esta tensión nunca más va a desaparecer del debate ambiental y en cada cumbre mundial que se realice para tratar el tema, volverá una y otra vez.

Por ejemplo, para la cumbre de Medio Ambiente y Desarrollo realizada en Río de Janeiro en 1992, la Academia Nacional de Ciencia de Estados Unidos y la *Royal Society* de Inglaterra, seguían sosteniendo las ideas neomaltusianas y catastrofistas expresadas en *Los Límites del crecimiento*, al plantear

Si las actuales predicciones sobre el crecimiento de la población resultan acertadas y si los modelos de actividad humana no cambian, la ciencia y la tecnología podrían verse incapacitadas para evitar una irreversible degradación del medio ambiente y la pobreza definitiva para buena parte de la población mundial (citado en Brown, 1993: 23)

Igualmente, este mismo tono neomaltusiano se podía leer en el documento de convocatoria de la Comisión de las Comunidades Europeas (CCE) a la Cumbre de Río 92, cuando señalaban

La envergadura, el alcance y la naturaleza de los problemas ambientales y de recursos naturales de nuestros días se deben, sobre todo, al desarrollo socioeconómico sin precedentes que se ha producido a lo largo de nuestro siglo y particularmente desde el final de la Segunda Guerra Mundial (...) En un solo siglo, la población mundial se ha triplicado (...) de acuerdo con las previsiones, la población se duplicará a lo largo de los próximos cincuenta años, e incluso en la hipótesis de una mejora muy modesta en el nivel de vida, la actividad económica podría multiplicarse por un factor situado entre cinco y diez, y esto en todos los sectores clave, en particular los de la energía, el transporte, la industria, la construcción y la agricultura. Esta evolución pone en peligro el potencial económico de las naciones, la salud de sus ciudadanos, su seguridad política interior y, en el caso del calentamiento climático, su existencia misma (CCE, 1992, p. 10)

Por su parte, los latinoamericanos seguirán insistiendo en que el problema ambiental no era producto del “exceso de población” humana o de sus intentos de industrialización para elevar su baja calidad de vida. Por el contrario, la crisis era producto del sistema de vida de los países más desarrollados e industrializados y de un sistema de organización de la producción y de redistribución de la riqueza a nivel global de carácter imperial, desigual e inequitativa. En este sentido, con el apoyo de la CEPAL y del BID, crearon la Comisión de Medio Ambiente de América Latina y el Caribe (CDMALC), que confeccionó su propio documento de convocatoria a esta Conferencia titulado Nuestra Propia agenda, en donde señalaron:

Las amenazas de la actual crisis económica y ambiental están arraigadas en modalidades de desarrollo imperfectas: la economía de la opulencia y el despilfarro en el Norte y la economía de la pobreza, la desigualdad y necesidades apremiantes de supervivencia a corto plazo en el Sur (CMDMALC, 1991, p. VIII)

Por este motivo, desde América Latina y el Caribe se va a volver a plantear que eran las políticas y conductas del Norte industrializado y desarrollado, las que afectaban seriamente el medio ambiente, por lo tanto, debían ser modificadas. Además, el Norte debía responder por la deuda ecológica que habían contraído con el resto de la humanidad por haber generado un sistema mundial profundamente inequitativo e injusto, además de altamente deteriorante del medioambiente:

... sería conveniente analizar la deuda ambiental que han contraído los países desarrollados con nuestra región y otras del Tercer Mundo. En efecto, por siglos ellos han utilizado para su propio desarrollo y frecuentemente en forma expoliadora los recursos naturales de los países en vías de desarrollo, a precios extraordinariamente bajos o, en todo caso, mucho más bajo que los que deben pagar los países pobres en la actualidad (CMDMALC, 1991, p. 19)

Por cierto, desde los ejemplos señalados a la fecha “mucho agua a pasado bajo el puente” del debate ambiental. Sin embargo, pese a todos los avances que se han producido, el discurso ambiental oficial, aquel que circula por las agencias de las Naciones Unidas y se difunde profusamente por los medios de prensa, quedó hegemonizado por estas ideas primigenias

del Norte global. Por ejemplo, en la actualidad, frente a la lucha contra la variable del cambio climático, una y otra vez se repite que es la humanidad, sin mayores distinciones, la que genera este problema (y en donde se desprende que el aumento de la población mundial, con el consecuente aumento de la demanda de recursos, sigue siendo visto como un acelerante de la misma). Basta revisar brevemente como comienzan los extensos informes que periódicamente emiten las agencias de las Naciones Unidas respecto de la evolución de este problema. Por ejemplo, en el informe 2019 del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC según sus siglas in inglés) se señala:

Se estima que las actividades humanas han causado un calentamiento global de aproximadamente 1,0 °C con respecto a los niveles preindustriales, con un rango probable de 0,8 °C a 1,2 °C. Es probable que el calentamiento global llegue a 1,5 °C entre 2030 y 2052 si continúa aumentando al ritmo actual (IPCC, 2019, p. 6)

Por su parte, en los informes GEO, que emite el PNUMA, también se comienza generalizando la responsabilidad en el agravamiento de este problema:

Las emisiones antropógenas siguen alterando la composición de la atmósfera, lo que da lugar a la contaminación del aire, el cambio climático, la reducción del ozono estratosférico y la exposición a sustancias químicas persistentes, bioacumulativas y tóxicas (PNUMA, 2019, p. 10)

Y en un más reciente informe sobre el Cambio Climático de las Naciones Unidas se vuelve a leer:

Cada año se liberan en la atmósfera miles de millones de toneladas de CO₂ como resultado de la producción de carbón, petróleo y gas. La actividad humana está produciendo emisiones de gases de efecto invernadero a niveles récord, sin visos de desaceleración (Naciones Unidas, 2020)

Responsabilizar de esta crisis a la “actividad humana”, o definirla como crisis antropogénica o antropógena sin mayores distinciones, así como fijar su inicio en la Revolución Industrial es un claro ejemplo de como el discurso ambiental del poder logró hegemonizar y universalizar su particular interpretación de la crisis.

2. De la crisis antropogénica al Antropoceno y la Geoingeniería

En los dos mil, el propio éxito obtenido por el discurso del poder de que esta crisis es de causas antropogénicas si hacer mayores distinciones, y además es producto de la Revolución Industrial, llevó a un grupo de entusiastas geólogos del Norte global a proponer que, por el impacto que significaría esta crisis para el Sistema Tierra, estaríamos viviendo una nueva edad geológica conocida como Antropoceno o edad del Anthropos (hombre). Tesis que se ha hecho enormemente popular y es socializada por un sin número de ingenuos académicos que no lo gran distinguir las implicancias de poder de este discurso.

El concepto fue propuesto el año 2000 por Paul Crutzen (ganador del Premio Nobel de química en 1995) y el biólogo Eugene Stoermer, en la revista del Programa Internacional de la Geósfera y la Biósfera (IGBP), en donde señalaron que la actividad humana había impactado tan profundamente al medio ambiente que se había transformado en una fuerza geológica que estaba quedando grabada en la estratigrafía del planeta:

Teniendo en cuenta estos y muchos otros impactos importantes y aún crecientes de las actividades humanas en la tierra y la atmósfera y, sobre todo, incluidas las escalas globales, nos parece más que apropiado enfatizar el papel central de la humanidad en geología y ecología al proponer el uso de término “antropoceno” para la época geológica actual (Crutzen y Stoermer, 2000, p.17)

E, igualmente van a proponer como inicio del Antropoceno, el periodo de tiempo que va desde mediados del siglo XVIII, cuando se inicia la Revolución Industrial, hasta las primeras décadas del siglo XIX, que se caracteriza por el inicio del uso masivo del carbón como combustible

Es difícil establecer una fecha precisa de una transición que ocurrió en diferentes momentos y tasas en diferentes lugares, pero está claro que, en 1750, la Revolución Industrial apenas había comenzado, pero para 1850 había transformado casi por completo a Inglaterra y se había extendido a muchos otros países de Europa y al otro lado del Atlántico hasta América del Norte. Por lo tanto, sugerimos que el año 1800 dc podría elegirse razonablemente como el comienzo del Antropoceno (Steffen, et al., 2011, pp. 847-849).

Para los sostenedores y defensores de esta tesis del Antropoceno, como es el caso de Will Steffen, Paul Crutzen y John McNeill, lo que hizo que la industrialización fuera tan central para el planeta, al punto que terminara transformando drásticamente el medio ambiente global “fue la enorme expansión en el uso de combustibles fósiles, primero carbón y luego petróleo y también gas” (2007, p. 616). Por estos motivos van a situar el inicio del Antropoceno, o su primera etapa, alrededor de 1800, porque a partir de esas fechas se va a obtener “la primera evidencia indiscutible de que las actividades humanas estaban afectando el medio ambiente a escala global” (2007, p. 616).

También van a proponer que, tras el término de la Segunda Guerra Mundial, en 1945 se produce una Gran Aceleración, o sea un drástico aumento del impacto humano sobre el medio ambiente global, producto del acelerado crecimiento de la población humana que, unido a la expansión de la sociedad industrial, llevó a los ecosistemas planetarios a una situación crítica al punto que el planeta se ve enfrentado a su sexto gran evento de extinción de especies:

La empresa humana se aceleró repentinamente después del final de la Segunda Guerra Mundial. **La población se duplicó en solo 50 años, a más de 6 mil millones para fines del siglo XX (...)** El consumo de petróleo ha crecido en un factor de 3.5 desde 1960, y el número de vehículos motorizados aumentó dramáticamente de aproximadamente 40 millones al final de la guerra a casi 700 millones en 1996 (...) La presión sobre el medio ambiente global de esta floreciente empresa humana se

está intensificando fuertemente. En los últimos 50 años, los humanos han cambiado los ecosistemas del mundo de manera más rápida y extensa que en cualquier otro período comparable en la historia humana. La Tierra está en su sexto gran evento de extinción, con tasas de pérdida de especies que crecen rápidamente tanto para los ecosistemas terrestres como para los marinos. Las concentraciones atmosféricas de varios gases de efecto invernadero importantes han aumentado sustancialmente, y la Tierra se está calentando rápidamente (...) La notable explosión de la empresa humana desde mediados del siglo XX, y los impactos asociados a escala global o muchos aspectos del funcionamiento del Sistema Tierra marcan la segunda etapa del Antropoceno: la Gran Aceleración (2007, p. 617).⁷

O sea, nuevamente aparece la esencia del discurso ambiental del poder: la industrialización, más el aumento demográfico, crearon la crisis ambiental global. Esta es la forma como desde el poder se ha interpretado e impuesto la idea de que se trata de una crisis de causas antropogénicas, sin distinciones, o sea se generaliza la responsabilidad en el conjunto de la humanidad en donde frases tales como, es la “empresa humana” la culpable, están totalmente naturalizadas. Pero ahora, en nuestro siglo XXI, el argumento se ha sofisticado aún más, ya que, sobre la idea original de que se trata de una crisis antropogénica, se va a plantear que vivimos la edad geológica del Antropoceno, caracterizada por el enorme impacto que el ser humano habría hecho sobre el Sistema Tierra. Y esta idea ha sido muy exitosa. En 2009 la Sub Comisión de Estratigrafía Cuaternaria, perteneciente a la Comisión Internacional de Estratigrafía (ICS según sus siglas en inglés) de la Unión Internacional de Ciencias Geológicas, creó el Grupo de Trabajo del Antropoceno (AWG según sus siglas en inglés), con la tarea de examinar y buscar pruebas a fin de reconocer formalmente un nuevo intervalo de tiempo geológico basado en “los efectos de gran alcance de las influencias antropogénicas en los parámetros estratigráficamente significativos” (Ellis, 2018, p.48).

a) *La Geoingeniería*

Y dado que este enorme impacto que el “Anthropos” ha causado al sistema tierra, finalmente obedece a un problema técnico como es la industrialización y el uso de combustibles fósiles, la solución a esta crisis radica en aplicar más y mejor técnica: la geoingeniería. O sea, “la manipulación deliberada por parte de los humanos de los procesos del Sistema Tierra a escala global con la intención de contrarrestar el cambio ambiental impulsado antropogénicamente, como el calentamiento del invernadero” (Steffen, Crutzen y McNeill, 2007, p. 619). O, como la definió la *Royal Society* la geoingeniería es “la manipulación deliberada y a gran escala del sistema climático de la Tierra para contrarrestar el cambio climático” (citado en Lloyd y Oppenheimer, 2014, pp. 47,48). Manipulación que consiste en acciones tales como, inyectar “partículas (azufre o de otro tipo) en la estratosfera por encima de aproximadamente 10 kilómetros, donde las partículas tienen una vida útil de varios años, para reflejar la radiación solar entrante y replicar el efecto de enfriamiento global de la actividad volcánica”, o “colocar un gran espejo en el espacio (...) don-

7 El subrayado es del autor.

de su posición es fija con respecto a la Tierra, o colocar una plétora de pequeños espejos en lo alto de la atmósfera” a fin de reflejar los rayos solares antes de que estos entren la atmosfera, o “cualquier otra tecnología actual o futura que pueda alterar significativamente la radiación solar neta entrante a través de la atmósfera de la Tierra” (Lloyd y Oppenheimer, 2014, p. 48).

Al respecto, Crutzen junto a una serie de científicos partidarios del Antropoceno, solicitaron en 2006, que sé que hicieran “investigaciones preliminares de técnicas de geoingeniería, como usar partículas de azufre para reflejar parte de la luz del sol de vuelta al espacio” (Kintisch, 2013 s/n). Y, lo cierto es que el tema ya ha sido recogido ampliamente en los países desarrollados. De acuerdo con Ian Lloyd y Michael Oppenheimer, la “Unión Europea ha iniciado un programa para estudiar cuestiones científicas y políticas relacionadas con la geoingeniería, y un informe de la Oficina de Responsabilidad del Gobierno de los Estados Unidos ha recomendado un programa de investigación coherente en el contexto de la respuesta federal al cambio climático” (2014, pp. 45, 46). Además, en el campo de acción de los tomadores de decisiones y responsables de las políticas internacionales de estas potencias, también se está avanzando en los estudios tendientes a analizar qué tipo de institucionalidad internacional habría que construir o qué tipo de gobernanza climática global sería necesaria para aplicar este tipo de medidas que propone la geoingeniería (Huttunen, Skytén y Hildén, 2015).

De esta forma, para los partidarios del Antropoceno, la solución para conseguir “la sostenibilidad de los ecosistemas contra las tensiones inducidas por los humanos”, queda en manos de “la comunidad global de investigación e ingeniería” (Crutzen y Stoermer 2000, p. 18). Por estos motivos se ha señalado que la geoingeniería y el Antropoceno son dos conceptos profundamente entrelazados (Ellis, 2018, p. 150).

Y, sin duda que el concepto de Antropoceno ha tenido un importante éxito de socialización, ganando “legitimidad científica y académica en un tiempo récord” (Manríquez, 2015, p. 173). Además, “la discusión acerca de la ‘época de los seres humanos’ se ha expandido más allá de las ciencias biológicas y geológicas”, para convertirse en parte de la “cultura popular” (Trischler, 2017, pp. 41,42). Lo que indudablemente nos indica que la geopolítica del conocimiento del poder está plenamente activa en el debate ambiental de nuestros días.

3. No vivimos en la edad del Antropoceno, sino que en la del Capitaloceno.

Por cierto, bajo esta lógica del Antropoceno y la consecuente geoingeniería que propone, por una parte, se relativiza toda la crítica que desde el Sur se le ha hecho al Norte respecto de la deuda ambiental o ecológica que tienen con el resto de la humanidad. Por otra parte, se perpetua la idea de que esta crisis es producto del de la humanidad sin distinciones, así como que ésta obedece en gran medida a un problema técnico. De la misma forma, al enfatizar que su solución también descansa en aspectos técnicos, inmediatamente se consigue que su discusión política quede circunscrita fundamentalmente a cómo alcanzar las readecuaciones necesarias en la gobernanza ambiental global para que las propuestas de la geoingeniería se

puedan aplicar a escala planetaria. Por lo tanto, con este discurso del Antropoceno, los centros del poder, los mismos que generaron esta crisis, vuelven a distraer la atención sobre el principal punto que le interesa discutir al Sur, así como a los sectores críticos del Norte, y que se refieren a la dimensión sociopolítica del problema. O sea, analizar y modificar la manera injusta e inequitativa de organizar la producción y distribución de bienes en un mundo caracterizado por el hecho que una permanente minoría social goza de una gran calidad vida sobre la base de la dominación y explotación del resto de la humanidad.

Y si bien, el poder ha ido imponiendo su hegemonía discursiva en el debate ambiental, el contra-discurso y las propuestas alternativas nunca han desaparecido de la discusión. En este sentido, en los últimos años ha surgido el interesante concepto de Capitaloceno, para rebatir y demostrar lo equivocadas que son las tesis del Antropoceno con su énfasis en los aspectos técnicos, así como para resituar la discusión en su ámbito fundamental que es el ámbito político. En este sentido, se afirma que la crisis ambiental no es producto de la industrialización, sino que por el contrario, es producto de lógica intrínsecamente depredadora del sistema capitalista y, por lo tanto, la crisis ambiental global no se inicia con la Revolución Industrial, sino que se inicia con el ascenso del sistema capitalista mercantil de la era moderna, o sea desde 1450 en adelante y, por lo tanto si se quiere poner nombre y fechar a una suerte de nueva edad geológica determinada por el impacto del “ser humano” en el medio ambiente, este debería ser el de Capitaloceno.⁸

Este concepto de Capitaloceno fue propuesto por el geógrafo e historiador ambiental estadounidense Jason W. Moore quien, refutando directamente las tesis del Antropoceno, va a señalar que la crisis ecológica y ambiental sería inherente a la lógica de acumulación interminable del capitalismo. Para él, el capitalismo tendría dos contradicciones básicas, una tendencia a “la crisis económica” y otra a “la crisis ecológica”:

Si bien la crisis económica es dirigida por la tendencia hacia la sobreacumulación de capital, la crisis ecológica es impulsada por la tendencia a apropiarse sin límite de los “frutos gratuitos” de la naturaleza (...). Llegué a ver que lo que aparecía como dos movimientos separados -transformaciones del capital y transformaciones de la Tierra- eran en realidad uno: la acumulación del capital es la transformación de la naturaleza (2013 a, p. 12)

La racionalidad del capitalismo según Moore, requerirá de la constante expansión de su espacio geográfico ya que, para su proceso de acumulación permanente, necesita apropiarse de lo que este autor denomina la naturaleza barata o *Four Cheaps*: trabajo, comida, energía y materias primas (2013 a, 2017 a y b). O sea, el capitalismo requiere apropiarse de los recursos naturales que se han formado por cientos de miles de años por el “trabajo” de la naturaleza (suelos, madera, minerales, fuentes energéticas, otros), sin pagar por este “trabajo” natural, además de apropiarse del trabajo humano que es uno de los componentes del factor energía

8 Este es uno de los aspectos más interesantes de la propuesta de Moore, porque va más allá de otros análisis críticos que han asumido completamente la tesis del poder de que la crisis ambiental es producto de la Revolución Industrial y la consecuente Civilización Industrial que generó (para profundizar ver Estenssoro, 2009).

de los *Four Cheaps*. Mientras más baratos sean estos *Four Cheaps*, mayor será el excedente posible de ser apropiado y acumulado por los capitalistas. Pero, en la medida que, en un determinado espacio geográfico, por la propia sobre-explotación capitalista, se van agotando los *Four Cheaps* -proceso que incluye la degradación ambiental-, estos comienzan a encarecerse, lo que va a influir negativamente en el proceso de acumulación del capital, motivo por el cual el capitalismo se expandirá hacia otros espacios geográficos buscando siempre naturaleza barata (2013 a, 2017 a y b). Es esta lógica de expansión territorial del capitalismo, buscando naturaleza barata, lo que explica en gran medida los procesos de conquista y colonización que iniciaron los europeos desde segunda mitad del siglo XV en adelante.

De esta forma, el capitalismo motivado por “un propósito singular: la acumulación interminable de capital” (2016, p. 79), fue transformando el paisaje y degradando el medio ambiente a una escala sin precedentes en la historia. Por cierto, esto fue un proceso gradual. En los primeros siglos, el capitalismo evitó “los costos de la degradación ecológica local y regional mediante la reubicación” de las actividades de explotación (2013b, p. 35), o sea, las crisis ecológicas locales y regionales producto de la sobre-explotación “pudieron ser superadas mediante la extensión global de las actividades productivas” (2013b, p.35). Sin embargo, como el capitalismo implica un proceso de explotación de la naturaleza barata en una escala siempre creciente, va a llegar a un punto en que ya no le será posible seguir expandiéndose una vez que se alcanzó una escala de degradación ecológica global. Esto ocurrirá en la segunda mitad del siglo XX, después de la 2ª Guerra Mundial, cuando “por primera vez, las contradicciones ecológicas del capitalismo comenzaron a jugar en una escala que correspondía a sus actividades económicas”, o sea, los “procesos económicos del capitalismo comenzaron a rivalizar con los ciclos ecológicos del planeta”, lo que significará que la economía-mundo capitalista abrió la posibilidad de un desastre ecológico a escala planetaria (2013b, p.35).

Al respecto Moore da múltiples ejemplos para demostrar como el ascenso del capitalismo mercantil europeo, agotó rápidamente los recursos naturales de Europa (como los bosques, por ejemplo), lo que obligó a buscar nuevos lugares para su obtención. En este sentido podemos destacar el sintomático caso que expone respecto lo que ocurrió con el auge del azúcar, “el cultivo comercial original de la modernidad” que no solo “devoraba bosques y suelos agotados”, sino que también “era un aparato de matanza masiva en forma de esclavitud africana” (2016, p.105). El inicio del auge del cultivo del azúcar, así como de la esclavitud africana directamente asociado a esta economía de plantación, se inició en la isla de Madeira frente a las costas atlánticas de África lo que significó que entre 1470 y 1510 se arrasó con la mitad de su masa boscosa. Esta degradación ecológica impulsó la implantación de este cultivo en otras zonas geográficas como será el nordeste del Brasil que, para 1570 se había convertido en el principal centro azucarero del mundo e, igualmente, su explotación generó “la primera gran ola de desbroce de la selva tropical atlántica” (2016, p.105). Para 1650 las demandas de leña requeridas para la producción de azúcar habían implicado “la tala de unos 5.000 kilómetros cuadrados de bosque”, además de la llegada de cerca “240,000 esclavos africanos” al Brasil (2016, p.105). Así, por medio de este ejemplo, se puede ver como la lógica del capitalismo, junto con degradar sistemáticamente el medio natural, también excluyó “a la mayoría de los humanos de la humanidad: pueblos indígenas, africanos esclavizados, casi todas las mujeres e incluso muchos hombres de

piel blanca” (2016, p.79), para transformarlos en mercancías a fin de apropiarse de su fuerza de trabajo, ya sea esclavizándolos o pagándole salarios muy bajos. Por estos motivos, para Moore los defensores del Antropoceno defienden “un concepto fundamentalmente burgués”, especialmente “por su eliminación de la especificidad histórica del capitalismo y la consiguiente implicación de que las contradicciones socioecológicas del capitalismo son responsabilidad de todos los humanos” (2016, p. 83).

De aquí entonces, para Moore y quienes comparten esta perspectiva crítica, está claro que la crisis ambiental global no es un problema que nace con la industrialización, por el contrario, la Revolución Industrial es la consecuencia lógica de la expansión científico-técnica determinada por la racionalidad capitalista que busca abaratar costos a fin de obtener creciente acumulación de capital. Por lo tanto, es la racionalidad del capitalismo la que causa la crisis ambiental global. De igual forma, tampoco se puede plantear que es una crisis antropogénica sin entrar a detallar, con meridiana claridad, las responsabilidades específicas de un determinado sector social que fue el que impulsó el capitalismo en la medida que le significó enormes beneficios y lo convirtió en el sector social dominante de esta época histórica: la burguesía capitalista.

Reflexión final

La idea que la crisis ambiental es una crisis de causas antropogénicas, sin entrar a distinguir qué sector social fue el que la generó, es una falacia de una magnitud enorme. Es afirmar que los seres humanos serían una suerte de especie suicida, o sea la única especie viva que en un momento determinado de la historia busca auto-extinguirse, lo cual es un sin sentido. De hecho, todos los esfuerzos que se realizan, en todos los ámbitos posibles, para superar este problema demuestran lo contrario. Sin embargo, este aparente sin sentido, tiene un claro propósito político si se analiza desde la geopolítica del conocimiento del poder. Lo mismo ocurre con la derivación desde crisis antropogénica sin distinción, a la edad del Antropoceno y situar su origen en la Revolución Industrial. En otras palabras, estos discursos cobran un claro sentido si se entienden que responden a los intereses de las elites del poder global que han logrado hegemonizar sus ideas en el *mainstream* del debate ambiental. De esta forma, el poder consigue desviar la atención sobre dos aspectos fundamentales que plantea el pensamiento crítico y contra-hegemónico:

- a) En primer lugar, la crisis fue generada por la naturaleza inherente del capitalismo que tiene a la acumulación sin fin. Esta lógica ha estado presente desde un principio, en el capitalismo mercantil, en el capitalismo industrial y en los actuales intentos del neoliberalismo por construir una suerte de capitalismo de mercado verde que, más allá de lo novedoso e interesante que puedan resultar determinados avances científico-técnicos, finalmente lo que los mueve e impulsa sigue siendo la lógica de acumulación infinita de capital. O sea, tecnología “verde” para ser vendida en los mercados “verdes” a fin de continuar con la acumulación sin fin de capital “verde”.
- b) En segundo lugar, el principal y fundamental sector de la humanidad que ha originado este problema, es la burguesía capitalista del Norte global. O sea, un sector altamente minori-

tario de la “moderna especie humana”, que se ha beneficiado históricamente con este proceso de acumulación de capital, concentrándolo en sus escasas manos y utilizándolo, en primer lugar, en su propio beneficio e interés, provocando como contrapartida, verdaderas tragedias sociales a la gran mayoría de sus congéneres. Este sector social, con su poder alcanzado, ocupa los lugares de privilegio en el actual sistema-mundo y busca responder a los problemas globales contemporáneos sin perder su posición de dominio.

Haber naturalizado el discurso que señala que la crisis ambiental global es la más grave catástrofe que amenaza a toda la humanidad y, por lo tanto, es mucho más importante que cualquier otro tipo de situaciones críticas que están ocurriendo diariamente –las que quedan reducidas a “nimiedades” frente a esta crisis mayor-, ha sido el mayor éxito de la geopolítica del conocimiento del poder en el debate ambiental. De esta forma, han logrado distraer del debate político principal, las inequidades, injusticias y miserias que no sólo restringen día a día las oportunidades de vida digna de las grandes mayorías de la población, sino que además han significado la muerte de miles y millones de seres humanos durante todos estos años, desde que el debate se instaló en la agenda mundial. Por cierto, esto no quiere decir, que la crisis sea ficticia o negar que es grave. Por el contrario, la crisis es real. Pero cómo se construye su significado y cómo se manipula su discurso, cómo se definen sus énfasis, qué se destaca y qué se oculta, es un tema absolutamente político e ideológico y responde a las relaciones de poder expuestas.

Por lo tanto, no es lo mismo decir que la crisis es de causas antropogénicas a decir que la crisis es de causas capitalogénicas. O sea, no es producto de la “especie humana”, sino que de un sector muy específico y minoritario de ella. Tampoco es lo mismo indicar sus inicios en la Revolución Industrial de 1750, sino que en el ascenso del capitalismo como modo de producción dominante alrededor de 1450. Esto significa, que la crisis se puede entender de una manera muy distinta, según el ángulo político desde donde se analice. Esto es lo que se ha buscado ocultar desde un principio con los discursos ambientales universalizadores que se levantan desde el poder y que los análisis ambientales críticos buscan sacar a la luz a fin de que sean conocidos y discutidos por el conjunto de la sociedad.

Bibliografía

- Arrighi, G (2018). *El Largo Siglo XX*. Madrid: Akal.
- Brown, L. (1977). “*Redefining National Security*”. Worldwatch Institute. Recuperado de: <https://eric.ed.gov/?id=ED147229>
- Brown L. (1993). *La Situación en el Mundo. El informe Worldwatch 1993*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Campbell, K (ed.) (2008). *Climatic Cataclysm the Foreign Policy and National Security Implications of Climate Change*. Washington, D.C: Brookings Institutions
- Crutzen P. J.; Stoermer E. F. (2000); *The ‘Anthropocene’*. IGBP News Letter (Nº41), 17-18.
- Ellis, E. C. (2018). *Anthropocene. A very short introduction*. Oxford: Oxford University Press,

- Estenssoro F. (2007). *Antecedentes para una historia del debate político en torno al medio ambiente: la primera socialización de la idea de crisis ambiental (1945-1972)*. Universum (Vol.22), 88-107.
- Estenssoro F. (2009). *Medio Ambiente e Ideología. La Discusión pública en Chile, 1992-2002. Antecedentes para una historia de las ideas políticas a inicios del siglo XXI*. Santiago: USACH / Ariadna
- Estenssoro F. (2019). *La Geopolítica Ambiental Global del Siglo XXI. Los desafíos para América Latina*. Santiago: RIL editores.
- Estenssoro F. (2020). *Historia del Debate Ambiental en la Política Mundial 1945-1992. La perspectiva latinoamericana (Nueva edición corregida y aumentada)*. Buenos Aires: Biblos.
- Guimarães R. (1992). *El discreto encanto de la cumbre de la tierra. Evaluación impresionista de Río 92*. Nueva Sociedad (Nº 122), 86-103.
- Herrera A., et al. (1977) *¿Catástrofe o Nueva Sociedad? Modelo mundial latinoamericano*. Bogotá: CIID.
- Huttunen S.; Skytén E.; Hildén M. (2015). *Emerging policy perspectives on geoengineering: An international comparison*. The Anthropocene Review (Vol.2), 14-32.
- Kaplan, R. (1994). *The Coming Anarchy. -How scarcity, crime, overpopulation, tribalism, and disease are rapidly destroying the social fabric of our planet*. The Atlantic Monthly. Consulta: 10 de marzo de 2010: <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/1994/02/the-coming-anarchy/304670/>
- Kintisch E. (2013). *Manipular el clima: ¿locura o necesidad?*. MIT Technology Review. Consulta 15 de abril de 2020: <https://www.technologyreview.es/s/3947/manipular-el-clima-locura-o-necesidad>.
- Lloyd I. D.; Oppenheimer M. (2014); *On the Design of an International Governance Framework for Geoengineering*. Global Environmental Politics (Vol. 14), 45-63
- Manríquez L. E. (2015). *El Antropoceno: la era de la depredación*. Política Exterior (Nº165), 170-174.
- McCloskey H.J. (1988). *Ética y Política de la Ecología*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Moore J. W. (2013 a). *El auge de la ecología-mundo capitalista. Las fronteras mercantiles en el auge y decadencia de la apropiación máxima*. Laberinto (Nº38), 10-26
- Moore J.W. (2013 b). *Feudalismo, Capitalismo, Socialismo, o Teoría y Política de las Transiciones Eco-históricas*. Laberinto (Nº40), 31-37.
- Moore J.W. (2016). *The Rise of Cheap Nature*. In: Moore J. W (editor). *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism* (78-115). Michigan: Kairos-PM Press
- Moore J.W. (2017 a). *El fin de la naturaleza barata: o cómo aprendí a dejar de preocuparme por el medioambiente y amar la crisis del capitalismo*. Relaciones Internacionales, España (Nº33), 143-174.

- Moore J. W. (2017 b). *The Capitalocene, Part I: on the nature and origins of our ecological crisis*. The Journal of Peasant Studies (Vol. 44), 594-630.
- Ozorio de Almeida M. (1973). *El Mito del Equilibrio Ecológico*. El Correo (XXVI),25-28
- Steffen W.; Crutzen P.J.; McNeill J.R (2007).; *The Anthropocene: Are Humans Now Overwhelming the Great Forces of Nature?*”. *Ambio* (Vol. 36), 614-621.
- Steffen W.; Grinevald J.; Crutzen P.; McNeill, J. (2011). *The Anthropocene: conceptual and historical perspectives*. *Philosophical Transactions of the Royal Society* (Vol.369), 842–867.
- Sorensen, T. (1990). *“Rethinking National Security”*. *Foreign Affairs*, (Vol 69), pp. 1-18.
- Tickner A. B. (2002). *Los Estudios Internacionales en América Latina. ¿Subordinación Intelectual o pensamiento emancipatorio?*. México D.F: Alfaomega.
- Trischler H. (2017). *El Antropoceno, ¿un concepto geológico o cultural, o ambos?*. *Desacatos* (N°54), pp. 40-57
- Yearley S. (1997). *Environmental Challenges*. En Hall, S. (ed.), *Modernity an Introduction to Modern Society* (pp. 504-432). Massachusetts: Blackwell Publishers,
- Ward B.; Dubos R. (1984). *Una Sola Tierra. El cuidado y conservación de un pequeño planeta*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica.

Documentos

- Consejo Económico y Social, ECOSOC; 1346 (XLV). *Cuestión de la Convocatoria de una conferencia internacional sobre los problemas del medio humano*. 1555ª sesión plenaria, 30 de julio de 1968. Acceso 7 de julio de 2017: <http://congress.indiana.edu/es/ley-de-proteccion-ambiental>.
- Comisión de Medio Ambiente de América Latina y el Caribe, CDMALC (1991). *Nuestra propia Agenda*. Washington D.C.: BID-PNUD
- Comisión de las Comunidades Europeas, CCE, (1992). *Programa comunitario de política y actuación en materia de medio ambiente y desarrollo sostenible*. Vol. 1. Bruselas.
- Informe de Founex. En, Marino de Botero M. y Tokatlian J. (comp.) (1983). *Ecodesarrollo. El pensamiento del decenio* (pp. 51-85). Bogotá: INDERENA/PNUMA
- Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático, IPCC, (2019). *Calentamiento global de 1,5°C. Resumen para responsables de políticas*. OMM, PNUMA. Acceso 15 de septiembre de 2020: https://www.ipcc.ch/site/assets/uploads/sites/2/2019/09/IPCC-Special-Report-1.5-SPM_es.pdf
- Organización de Naciones Unidas, ONU (1968); A/RES/2398 [xxiii] *Problemas del medio humano*, 3 de diciembre de 1968. Acceso 12 de julio de 2010. En: <http://www.un.org/es/documents/ag/res>
- Organización de Naciones Unidas, ONU, A/CONF.48/14/Rev.1. *Informe de la Conferencia de las Naciones Unidas Sobre el Medio Humano*. Estocolmo, 5 a 16 de junio de 1972. Acceso 15 de noviembre de 2016: <https://www.dipublico.org/conferencias/mediohumano/A-CONF.48-14-REV.1.pdf>

- Organización de Naciones Unidas y Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente, ONU-PNUMA (2019) “*GEO 6. Resumen para responsables de Formular Políticas*”. PNUMA. Acceso 15 de septiembre de 2020: https://wedocs.unep.org/bitstream/handle/20.500.11822/27652/GEO6SPM_SP.pdf?sequence=6&isAllowed=y
- Organización de Naciones Unidas, ONU: *La crisis climática - una carrera que podemos ganar*. UN75. Más allá del 2020. Acceso 15 de septiembre de 2020: <https://www.un.org/es/un75/climate-crisis-race-we-can-win>
- Wilson Center (2014). *National Security and Climate Change: What Do We Need to Know?*. Wilson Center. Consulta: 15 de junio de 2020: <https://www.wilsoncenter.org/event/national-security-and-climate-change-what-do-we-need-to-know>